

EL DESEO DE SIR JOHN SIMON

Una solución cualquiera

Es un hecho universalmente conocido que la heroica resistencia encontrada por los invasores de España en los bravos defensores de la República, tiene al Gobierno británico mohino, nervioso, impaciente y a dos pasos de perder el «self control». Ha sido en Downing Street y en White Hall donde de modo más claro se han podido observar los efectos de esta resistencia que tiene por campeón al doctor Negrín y que agudiza los ataques de gola de Neville Chamberlain.

La contrariedad y la impaciencia del Gobierno inglés se revelaron en una reciente intervención de John Simon en los debates de la Cámara de los Comunes. Sir John Simon, quien, entre los ministros «torres», es de los realistas más recalcitrantes, contestó por el Gobierno al diputado Wedwood Beun, que pedía explicaciones sobre lo ocurrido en Ginebra, con unas palabras poco meditadas. Rematando un escarceo de su dialéctica capciosa, dijo que «la cuestión española es un foco de disturbios y de peligros que podía muy bien extenderse, debiéndose buscar, por consiguiente, una solución cualquiera que ponga término a un tan inquietante estado de cosas».

«Una solución cualquiera! Quiere esto decir que al Gobierno del Reino Unido lo mismo le da que la guerra de España acabe bien o mal, de un modo o de otro, con la victoria del derecho y de la justicia o con la de sus enemigos, con un arreglo amañado en las cancellerías o de cualquier manera que sea. Lo importante es que acabe».

Esta es la posición del equipo ministerial que preside Mr. Chamberlain y que había ya advertido todo el mundo. La novedad está en que uno de sus miembros la declare en el mismo palacio de Westminster, ante el estupor de los representantes de la nación británica, muchos de los cuales, laboristas, liberales y hasta conservadores, hicieron llegar a conocimiento de sir John Simon su sorpresa por haber oído de sus labios declaración tan inusitada en boca de un ministro.

Se encontrarán paliativos para atenuar el efecto deplorable de la inconveniencia brotada de un momento de mal humor; pero lo dicho no lo pasaron por alto los taquígrafos. Y sir John Simon se equivoca: una solución cualquiera no es solución. Ni nos satisface a los españoles, que en definitiva somos los únicos autorizados para resolver nuestros asuntos, ni un problema considerado como «foco de disturbios y peligros» dejará de existir ni de amenazar la paz general porque se le sofoca con un mal arreglo. Si alguna cosa demuestra la propensión del conflicto español a propagarse fuera de la Península, es su profundidad y su volumen, su entidad y su fuerza enormes, que afectan a las leyes fundamentales del orden establecido y de la convivencia internacional. El conflicto no lo provocó la España republicana al pretender regir el país bajo una Constitución semejante a la que tienen Inglaterra y todas las verdaderas democracias; encendieron la guerra unos cuantos generales perjuros, sin otro móvil que su ambición personal, y acrecentaron sus horrores y sus peligros la injerencia de Estados agresores y el equívoco de una no intervención amañada de modo que pudieran intervenir ampliamente sólo los interesados en la victoria de los rebeldes.

La no intervención unilateral, que inventaron Inglaterra y Francia a modo de pantalla «incombustible» que les resguardara de las chispas, dispuso a que un conflicto de orden interior, que podía haber resuelto el Gobierno español en un par de meses, si las potencias democráticas, ateniéndose a las normas del derecho internacional, le hubieran vendido las armas necesarias para sofocar la rebelión, tomara cuerpo hasta rebasar los límites fronterizos, prolongándose durante años con riesgo inminente de extender su fuego por toda la vecindad europea.

Un error de Inglaterra y Francia que, con la tenacidad de su juego mimético, facilitaron el «chantaje» y la criminal agresión de los Estados totalitarios, no lo vamos a pagar los españoles después de haber ensayado en nuestras carnes desgarradas, los que preparan la futura conflagración general, los efectos de máquinas tormentarias destinadas a la tortura y a la destrucción de los pueblos que se opongan a sus siniestros planes. La intranquilidad en que vive el Gobierno inglés por sus pecados, nada representa junto al martirio de una España destrozada, sangrante y dispuesta a defender su razón indiscutible hasta el último aliento. No; al estado a que han llegado las cosas, «una solución cualquiera» no puede apagar el incendio que nos consume y que amenaza con devorar a Europa. La paz general sólo puede basarse en una solución justa, que ya es reclamando cada día con mayor fuerza un clamoroso universal, el mismo que turba el sueño de los Chamberlain, los Halifax, los Simon y demás «arregladores» de la Gran Bretaña.

«Una solución cualquiera! Eso puede convenir a la City y a la tertulia política de los salones de Londonderry. Pero el mundo pide otra cosa. Pide un mínimo de decoro a los Gobiernos democráticos para salir del conflicto que ellos mismos se crearon con su cobardía y su inepticia; pide el restablecimiento del orden internacional basado en la Justicia y el Derecho».

Pero, aparte lo que el mundo pide y puede mañana exigir, aquí está la resistencia española que no cede, que no se quiebra ni bajo los bombardeos inhumanos ni por las emanaciones pestíferas de un galteripio inmoral. La solución de nuestro conflicto la darán los soldados de la República.

SORDOS El placer de oír os será devuelto sin operación y sin dolor. INSTITUTO I. T. F. A., Ausias March, 7, principal. Teléfono 21390. Pidan hora.

ISABEL BLUM A NUESTRO LADO

Todavía sangra Bélgica a causa de la invasión alemana

Los socialistas estamos avergonzados de la no intervención

—La mayoría del pueblo belga está con vosotros —nos dice la diputada socialista en el Parlamento de Bélgica, Isabel Blum, que en estos días se encuentra en Barcelona.

Y añade: —No podía ser de otra forma, porque si hay un país que más haya sufrido en su propia carne la invasión extranjera es el pueblo belga; desde la Edad Media su suelo ha sido hollado, y a costa de cuánta sangre no sintió durante la gran guerra la brutal invasión alemana...

Tiene esta mujer extraordinaria, que con tanto denuedo se ha puesto al servicio de nuestra causa, una mezcla sorprendente en el timbre de su voz, que no se sabría definir bien, de energía y al mismo tiempo de ternura. ¿Quién es? ¿Qué ha hecho por nosotros? Isabel Blum ha estado ya cuatro veces en España con motivo de la guerra; en Madrid, en sus momentos más críticos; en Almería, cuando el éxodo de la población de Málaga; en Bilbao... Ha organizado socorros urgentes para España, en Francia, en su país; ha ido en persona a pedir en el Comité de no intervención que se nos reconociese nuestro derecho a adquirir armas para nuestra defensa; ha estado en nuestros frentes...

—¡Ah! —nos dice—. Vuestra causa es la nuestra. No hace mucho me encontraba yo a orillas del Ebro, y en un batallón me encontré con dos muchachos voluntarios de mi país. Durante un momento me dominó la emoción; pero me reñice y les dije: «Pensad que no estáis aquí, sino a orillas del Yser; de la misma forma defendéis la independencia de Bélgica»...

—¿Qué impresión puede usted darnos —le hemos preguntado— del exterior en relación con nosotros?

—Hitler y Mussolini se encuentran en el plan de ir muy aprisa, y eso no les puede salir bien. Las grandes democracias tendrán que reaccionar y variar de conducta, abandonar ese suicida dejar hacer.

Luego está ahí el caso de Checoslovaquia...

—Y mientras tanto...

—No debéis tener más que una obsesión: defender vuestro suelo; veo que así lo hacéis y cómo me satisface; no son estos instantes de más

políticas de izquierda ni de derecha —nos dice textualmente— que defender la libertad, y os lo dice una belga que ha visto su país invadido; todavía sangra: Bélgica...

Se hace un silencio que nos atrevemos a romper; por fin, ella, siguiendo el hilo de su pensamiento, dice:

—Así se concibe, con vuestra igual situación, la adoración de mi pueblo por vosotros. ¡Ah, los niños españoles que allí hay acogidos por todas partes, se vaya donde se vaya, son los mejor cuidados y vestidos! Y ellos cómo saben corresponder —añade con maternal acento— siendo los primeros en sus escuelas.

Desde el año 36 —dice después— hay compatriotas míos que no han hecho más que ocuparse de España; pero por mucho que os enviemos de viveres y medicamentos, todo nos parecerá poco mientras no podamos enviaros con qué defenderos contra el invasor de vuestro suelo.

—¿Cuál es la posición de vuestro Gobierno?

—Ya sabe usted que mi país no puede vivir aisladamente y tiene que estar supeditado en su política exterior a la política de Francia e Inglaterra; es la única atenuante que puede tener su apoyo a la no intervención, favorable en la práctica a los países totalitarios. De esa «neutralidad» de nuestro país, de nuestro Gobierno, los socialistas estamos avergonzados. Pero ya se sabe —nos dice luego— que las grandes democracias tendrán que cambiar de conducta; mientras tanto, nuestro tesón en la lucha, nuestro heroísmo, es la salvaguardia de todos y está decidiendo la suerte de Europa. Vuestro ejemplo —termina diciéndonos— será ejemplo para todas las democracias; vuestra victoria será la derrota del fascismo internacional, de los invasores de pueblos. Y tenemos fe en vuestra victoria...

Isabel Blum y la señorita Huymans, hija del presidente del Parlamento belga, salieron en la madrugada de ayer en dirección al frente del Este, con objeto de saludar a los soldados del Ejército Popular en representación del socialismo francés y belga.

Las acompañan en la excursión los dirigentes del P. S. E., Ramón Lamóneda y Antonio Huerta.

ENTREVISTAS

Carl Einstein habla de la guerra atomizada y los planes bélicos del nazifascismo

Hemos visitado a Carl Einstein. Y hemos charlado —para LA VANGUARDIA— largamente con él. Desde el verano de 1936, el ilustre crítico se encuentra luchando en nuestros frentes, codo a codo con los mejores de nuestros soldados. El frente del Centro y el de Aragón, Guadalajara y Puendetodos saben algo de su ímpetu incansable, de su valor sereno. Ha sido herido muchas veces, y aun «esto carece de importancia», según él dice, la última, por lo menos, tiene para nosotros la importancia de que, su convalencia, nos brinda la ocasión de esta charla...

Carl Einstein nació en Alsacia. Vivió su primera juventud en Alemania. Luchó por la vida y por el arte —que también es una guerra; que también cuesta vidas—; se hizo un prestigio rápido y sólido, como escritor, como crítico de arte, como crítico militar... En el año 1923 fue condenado, en Alemania, por su libro «El mal Evangelio», que sugería lo que podría ser el paso del Cristo por la Alemania de postguerra. Voluntariamente desterrado de Germania, Einstein vivía en París desde entonces, realizando una labor literaria y crítica intensísima. En el momento de estallar en España la lucha que actualmente vivimos, trabajaba en una obra sobre «Sociología del Arte», en una «Historia de las Lagunas de la Historia del Arte», en un ensayo en torno a «El problema del conformismo social». La primera llamada de nuestro clarín de libertad, de resistencia heroica a la invasión fascista, le atrajo a la España leal como voluntario. Y alternándolas con los duros deberes de la guerra, añadió aún a toda la copiosa labor entre manos una «Historia de la guerra civil en Rusia» y un estudio sobre «La estructura de los planes militares fascistas». Carl Einstein es también autor de uno de los volúmenes de «La Historia del Arte» de la Editorial Labor. Ello nos lleva a hablar del futuro artístico de la España que hoy se está forjando.

—Como todo el porvenir del país dependerá del resultado final de la guerra —afirma Einstein—. Por dura que sea la lucha, aun la destrucción crea, a su vez, nuevas formas, y la potencia creadora de los españoles es grande. Pero un triunfo fascista sería, es siempre fatal para el arte, que está ligado estrechamente a la condición social en que viven los pueblos. La cuestión del arte es, ni más ni menos, la cuestión misma de la libertad humana. Los Estados totalitarios, son (o pretenden ser; luego aclararemos esto) Estados ideológicos: arte, ciencia, literatura, religión, son factores subordinados a la ideología del Estado. Cegadas las fuentes de la libre creación, los pueblos sometidos caen en un academicismo estéril, como

Italia; en un retoricismo pedantesco y pueril, como Alemania. Pero...

—Pero hablemos de la guerra.

—Eso. Hablemos de la guerra. Carl Einstein sonríe con una sonrisa y franca sonrisa. Ya no aguarda las preguntas del informador. Habla como para una multitud, atento a la comprensión, al sentimiento del interlocutor, pero sin dejar resquicio al diálogo.

—Estamos —dice— ante los primeros ensayos de nuevos métodos de guerra. La ideología por qué dicen combatir los Estados totalitarios, no es sino una pantalla, pues la realidad es que nos hallamos en presencia de una serie de guerras de invasión y rapiña; de ambición desmedida y descarada por las comunicaciones y las materias primas. Ahora bien, en busca de unas y de otras, Italia y Alemania practican lo que podríamos llamar «guerra atomizada», evitando, en lo posible, hacer la guerra directa a las grandes potencias, pero sometiendo, sin embargo, a una guerra indirecta que consiste en paralizarlas, atacando posiciones importantes desde el punto de vista geográfico... siempre, claro, que estén en poder de pueblos débiles, mal armados. Así España, Abisinia, la China...

Einstein toma un lápiz y traza, con pulso rápido, nervioso, líneas y más líneas sobre el papel.

—¿Ve, usted?... Se ataca por el centro, en el Asia central, el camino de las Indias, y por los dos flancos, en España, la ruta trasatlántica y, en China, la ruta del Pacífico. Hay una gran ofensiva en dos transversales —y su mano traza nuevas rayas sobre una carta imaginaria—: el Mediterráneo y la línea del Danubio...

—¿Consecuencias? ¿Objetivos?...

—Múltiples y directos. Paralizar a las grandes potencias en sus movimientos militares, antes de combatir. Situarse cerca de las materias primas del posible enemigo de mañana. Cortar las comunicaciones entre Francia y el África. Preparar condiciones geográficas favorables para una guerra eventual. Guerra que alcanzaría a un radio de acción muy prolongado, en que se lucharía, sobre todo, a base de aviación y ejércitos motorizados, y que tendría su principal escenario en el Mediterráneo... No es difícil, por otra parte, ver cómo la transversal centro-europea o del Danubio, a que antes he aludido lleva directamente al petróleo (indispensable para ese género de guerra) de Rumanía, y al Mar Negro. Al mismo tiempo, gracias a ese otro crimen histórico que es la anexión de Austria, Alemania e Italia

De un momento a otro

EL FUERTE DE SAN CRISTÓBAL

Los que persiguieron y torturaron a los obreros españoles en la represión de octubre podían esperar —lo esperaban, sin duda, allá en la madrugada turbia de su conciencia— que el dolor y el ensañamiento aplicados por su cobardía se tornarían un día torrentes impetuosos de venganza sobre sus huesos. Lo que no podían esperar es que esa venganza se hiciera realidad tras las mismas paredes que albergaron los cuerpos apaleados de los trabajadores. Y la historia —la historia de nuestros breves días— acaba de demostrarlo. Recordáis lo que fué en octubre el Fuerte de San Cristóbal, de Pamplona? Allí se sacó el odio zoológico de la guardia civil y los sicarios que inspiraba Gil Robles. De allí salieron lamentos y llamas de sangre que aun no se han extinguido en el corazón de nuestro pueblo. Muchos camaradas, que se baten en estos momentos en nuestras filas, recordarán el nombre de aquella sombría prisión, con un terror tan intenso como su doble heroísmo de obreros y de soldados. Yo lo recuerdo ahora, porque en él han sido recluidos mil falangistas que se han rebelado —y luchado— contra los italianos, y de él se han evadido también para refugiarse en las montañas. ¿Quiénes les han facilitado las armas y la evasión? Los mismos que en octubre apretaban los puños cuando llegaban hasta ellos los gritos de las torturas. Los españoles. Los españoles honrados. Los españoles del pueblo, que entonces sentían a España en las heridas abiertas por los vergajazos, y hoy la sienten en aquellos que se enfrentan con los invasores cualquiera que sea su condición social y su credo político.

Los que en el año 34 maltrataban a nuestros camaradas no podían sospechar que su traición los había de unir un día a ellos por el mismo hilo de defensa y el mismo sentimiento de independencia ante los invasores. Yo, en cambio, sospecho que esa coincidencia se va a ir ensanchando, jornada tras jornada, hasta un punto, en que todos los soldados de Hitler y Mussolini juntos no sean bastantes para amordazar los rededores de la españolidad desesperadamente en pie.

GENIL

pueden enviarse tropas recíprocamente, lo que nos hará ver algún día tropas germanas en la frontera francoitaliana.

—Pero España...

—España juega un papel de primer orden en todos esos planes... Pues la ruta trasatlántica que los alemanes tratan de dominar, tendrían los siguientes puntos de apoyo: Irún, Santander, Bilbao — La Coruña — las Azores — Islas Canarias — Kamerun, Angola...

Y nuevas rayas cruzan las que —ya olvidadas— surcan el papel...

—Vea: la primera transversal, o del Mediterráneo, en parte alemán o italiano, seguiría los puntos: Melilla, Ceuta, Tánger, Arboran, Málaga, Columbretas, Baleares, Sicilia, Rodas... Y hay también una línea combinada con Asia — Trípoli, Libia, Eritrea, Abisinia, Italia, Somalia — que amenaza la ruta de las Indias... No hay que olvidar cómo, al mismo tiempo, los japoneses dirigen las operaciones militares por la Mongolia interior y a Hong-Kong y Singapur, al acecho del petróleo, de las concesiones inglesa y holandesa. No menos peligrosa para Inglaterra es la influencia de los alemanes sobre Persia, y la política panmusulmana de los italianos...

Con gesto rápido, Einstein rasga los gráficos que acaba de trazar...

—Pero estos son los planes. Menos peligrosos hoy, por desmenuzados. España es un baluarte heroico que resiste la más dura agresión... y en esta lucha la resistencia vale por todas las victorias. El principio del nazismo es imposible para naciones dueñas de tantas colonias como son Francia e Inglaterra... Y Alemania e Italia no podrán ya aumentar la ayuda que prestan a Franco, pues necesitarán sus efectivos en otra parte...

De nuevo la charla deriva hacia cauces de interés ideológico...

—Sí —afirma el ilustre autor de «El mal Evangelio»— contra la ofensiva de los Estados totalitarios no basta la defensa militar; precisa, en todo instante, la ofensiva de las ideas. He aquí el objeto de la «Collective de Recherche Professional» que unos hombres de buena voluntad (técnicos, historiadores, economistas, científicos, artistas, artesanos. En principio: hombres que conozcan a fondo su trabajo) estamos ahora organizando. Ofensiva contra la ortodoxia estatal, contra el automatismo que los regímenes totalitarios imponen al individuo; ofensiva contra el fácil conformismo pereñoso; contra la mitología fascista; contra el dilettantismo... Y, para ello, estudio de problemas concretos, cultivo del arte vivo, de la ciencia viva, lucha implacable contra el academicismo y el retoricismo, y la fraseología...

Hablamos —otra vez— de la tarea intelectual en el futuro.

—Los 13 puntos de Negrín —dice Carl Einstein— constituyen la base de una auténtica democracia, que otorgaría a los españoles ilimitadas posibilidades de crítica serena, de pleno desarrollo social e individual... Y esto será. Porque —afirma con energía— no se puede perder. Sería demasiado grave para el mundo...

Luego, pasando de lo colectivo a lo individual, preguntamos a Einstein acerca de sus propósitos.

—Uno sólo —responde—. Volver, cuanto antes, al frente de la lucha. Y, mientras tanto, en espera de que me den de alta los médicos (y para no dejar de luchar, la realización de una película española, de la que voy a ser autor, animador, director...

—¿Tiene ya título?

—Todavía, no... Es decir... ¡sil! Diga usted que podría llamarse algo así como «La Paz que mata».